



Nº 39322

Las dos estancias

Habiendo llegado al final de mi vida, con el pelo ya canoso, me dispongo a relatar mi **secreto** mejor guardado. Ahora, apenas veo a través de mis ojos enfermizos de anciano, pero lo que mi vista continúa observando es el mismo problema que, en mi juventud, me llenaba de angustia el corazón.

Recuerdo perfectamente que aquel día salí de mi despacho en la universidad, trabajaba como profesor de Filosofía, con la cabeza envuelta en un mar de dudas. Por aquellos días el mundo sufría a causa de la conmoción que trajo consigo la tragedia de las Torres Gemelas.

La matanza, provocada por la terrible **máquina** voladora y la enloquecida razón de ciertas personas, me llevó a preguntarme: “¿Qué es lo que lleva a un hombre a matar a miles de personas?”. Después de mucho discurrir me surgió la duda antónima: “¿Qué es lo que lleva a un hombre a arriesgar la vida para salvar a unos desconocidos?”.

Al principio, pensé que la solución la encontraría en algún libro de la biblioteca universitaria. Transcurrieron tres días de infatigable búsqueda. Las horas que invertí se contaban por decenas, incluyendo las nocturnas. Al cuarto día me rendí. Nadie, ni Platón, ni Sócrates, ni Descartes... podían ayudarme en mi búsqueda del por qué.

Innumerables son las noches en vela, en las que sentía la opresora y gélida mano de la duda alrededor de mi garganta. La angustia me ahogaba y nadie podía ayudarme. Eso era lo peor: estaba solo.



El primer día me encontré todavía detrás de la verdad. La luz matinal acarició con sus rayos mi rostro y por un momento, sólo por un momento, me sentí dichoso. Desayuné y luego tomé una tibia ducha. Ansiaba que el agua no sólo borrara el recuerdo del avión chocando contra las Torres Gemelas, y todas las consecuencias que trajo, sino que me hiciese olvidar la Filosofía.

Yo, que había amado esta ciencia hasta el punto de dedicar mi propia existencia a ella, ahora la rechazaba como si de veneno se tratase. Habría dado todo el oro del mundo por encontrar a alguien que me hiciese olvidarla. Al igual que el cirujano amputa el brazo enfermo, así quería yo extirparla.

Salí a la calle. El aire matinal me oxigenó los pulmones, invitándome a la **alegría** que trae consigo la primavera. Pero ni la mejor de las frescas brisas ni cualquier encanto de aquella estación me habrían hecho recuperar la felicidad extraviada.

Deambulé por el dédalo de calles hacia la universidad. Mis pies se movían lentos y plomizos. Mis ojos miraban al infinito. Tras una larga caminata llegué a la calle más céntrica de Nueva York. Ni los grandiosos rascacielos, ni los sonidos de la gran ciudad, me hicieron volver en mí. De repente, algo llamó mi atención.

Entre un lujoso **restaurante** y una gran multinacional se alzaba una ruinoso tienda. Dos grandes escaparates cubiertos de polvo flanqueaban una puerta minúscula, por donde parecía que nunca nadie había entrado. ¡Qué extraño! No recordaba esa tienda, y siempre hacía el mismo recorrido para ir a trabajar. Pero lo que más atrajo mi atención fue un gran cartel de vivos colores que rezaba: "Se vende la verdad". Encaminé mis pasos hacia la polvoriento y descuidada tienda.



Abrí la puerta y entré. El sonido de una oxidada campanilla de latón delató mi presencia. Todo en el interior de la tienda era lúgubre. Las polvorientas estanterías no contenían nada y no había ni rastro del encargado.

No se hizo esperar. De una puerta, detrás del mostrador, surgió un anciano de rostro aguileño. Un poco de pelo le crecía detrás de las orejas. Como atuendo portaba una **gabardina** descolorida. Me sonrió y me preguntó.

- ¿Qué es lo que quieres? – confieso que la pregunta me pilló desprevenido.
- Deseo la verdad – contesté sin confianza.
- En ese caso – hizo una pausa – acompáñame – y haciendo un ademán con la mano desapareció en la trastienda. Yo le seguí.

La lobreguez de la estancia a la que me condujo hizo que un escalofrío me corriese por la espalda. Un olor nauseabundo invadía el aire y un gélido viento se me coló entre las ropas. Aquel lugar era horrible. Pero lo peor era la melancolía. Una terrible y devastadora tristeza me oprimía el pecho y apenas me dejaba respirar. Quería huir, volar, desvanecerme y regresar a la seguridad de mi cama. Mas no encontré la puerta.

El anciano sostenía en alto una vela. La mortecina llama disipaba las tinieblas que amenazaban con apagarla. Era tan frágil y sin embargo me sentí a salvo con ella. Anduvo el anciano, con pasos lentos, hacia una pared y alumbró lo que me parecieron recortes de periódicos. Yo le seguí.

Fijé mi vista en las noticias que empapelaban la pared. En ellas aparecían desde temas tan triviales como una disputa entre hermanos, o el robo de una cartera, hasta el 11 S, o el Holocausto. Algunas fotos acrecentaron mis ganas de vomitar. Pánico y repugnancia, ambos sentimientos parecían haberse hermanado para torturar mi pobre mente.



- ¿Qué lugar es este? – pregunté aterrado.
- Esto es la parte oscura del corazón humano – dijo calmadamente.

Luego se dirigió a una puerta, oculta en la pared, y la abrió. Entró a través de ella en una sala contigua y yo le seguí. Me sorprendió la estrechez del muro que separaba las dos habitaciones: apenas cinco centímetros.

La sala a la que llegué era lo contrario a la anterior. Las paredes habían desaparecido para dar paso a magníficos ventanales que dejaban pasar la gozosa y radiante luz matinal. El techo era una cúpula de proporciones descomunales, adornada con vidrieras que pintaban un mosaico de colores y luces en el suelo. Bustos de Martin Luther King, Gandhi, Juan Pablo II... y demás hombres de bien de la historia se distribuían por toda la sala. En el centro se alzaba un atril de ébano y encima de él había un libro. Lo abrí al azar y lo observé con interés.

En la primera página que miré había la foto de una niña jugando con su **gato**. Después una de la creación de la ONU, seguida por una de la caída del muro de Berlín. Todas contenían fotos o noticias de paz, amor o perdón. Cerré el libro y dije al anciano.

- ¿Es este sublime lugar la parte luminosa del corazón humano?
- Sí – dijo con firmeza – como ves, fino es el muro que separa ambas estancias y grande la decisión de donde estar.

Esa frase se me quedó grabada a fuego y todavía hoy la recuerdo como si el anciano me la acabase de decir.

Después el anciano abrió una puerta camuflada y me invitó a salir. Yo lo hice obediente y sin vacilar.



Me encontré de nuevo en la calle en cuanto atravesé la puerta. Cuál fue mi sorpresa al descubrir que todo aquello que antes me parecía triste y gris ahora lo veía increíblemente vivo y lleno de colores.

Volví la vista atrás pero sólo vi el restaurante y la multinacional. La tienda había desaparecido. Me encaminé hacia la universidad exultante de gozo. ¡Por fin había hallado la solución a mi duda!

Este ha sido mi secreto durante años pero ahora que veo el final de mis días tan próximos y que pronto estaré en presencia de Dios no podía guardarlo por más tiempo.

Por último, no quiero acabar estas memorias sin preguntar: “¿En qué estancia estás tú?”.